BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 161

FRONTÓN

EPISTOLARIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ÁNGELA PALACIOS MARTÍN

EDITORIAL GREDOS

1

(? a. 139. - I, 2-12)

A mi señor, Frontón:

En todo tipo de conocimientos vale más, en mi opinión, ser totalmente inexperto e inculto que el ser ambas cosas a medias. En efecto, el que es consciente de que está privado de un conocimiento se arriesga menos y, por ello, con menos facilidad cae en el precipicio: la desconfianza, desde luego, está reñida con el atrevimiento. Pero cuando alguien muestra como cosa realmente cierta algo que conoce a la ligera, su falsa seguridad le hace resbalar de múltiples formas.

Se dice también que las disciplinas filosóficas es mejor no haberlas conocido nunca que haberlo hecho por encima y haberlas tocado sólo con la punta de los labios, como suele decirse, y que llegan a ser los peores de todos quienes, quedándose en la antecámara de una ciencia, salen de ella antes de haber entrado. Sin embargo, hay en otras ciencias reductos en los que uno puede refugiarse de alguna forma y puede, durante un cierto tiempo, ser considerado entendido en aquello que ignora.

Ahora bien, por lo que respecta a la elección de las palabras y a su colocación, sale inmediatamente a la luz y nadie puede engañar por demasiado tiempo sin que la persona en cuestión dé a entender claramente que no cono-

ce los términos, que no sabe valorarlos y que los juzga a la ligera, los maneja sin sentido y no distingue ni el tono ni la propiedad de cada palabra.

2 Por ello, tan sólo muy pocos de los escritores antiguos se comprometieron en ese esfuerzo, en ese arriesgado empeño de seleccionar cada término con el más cuidado afán.

De los oradores, desde que existen hombres en el mundo, uno sólo entre todos, Marco Porcio, así como su diligente seguidor Gayo Salustio [1].

Entre los poetas, muy especialmente Plauto y todavía más Quinto Ennio, así como su fiel seguidor, Lucio Celio, y también Nevio, Lucrecio, Acio incluso, Cecilio y también Laberio [2].

Efectivamente, fuera de ésos, pueden reseñarse unos cuantos escritores elegantes en aspectos concretos, por ejemplo, Novio y Pomponio [3] y otros parecidos, por lo que se refiere al uso de términos aldeanos, chistosos y bufonescos. Ata, notable en los propios de mujeres; Sisena, en las expresiones licenciosas; Lucilio, en las propias de cada arte y oficio [4].

3 En este sentido, tú tal vez ya te hayas preguntado en qué lugar pongo yo a Marco Tulio [5] que tiene el prestigio

[1] Referencia a Marco Porcio Catón y a Gayo Salustio Crispo. Esta carta refleja claramente las preferencias de Frontón por los autores arcaicos.

[2] Tito Macio Plauto, Quinto Enio, Lucio Celio Antípatro, Gneo Nevio, Tito Lucrecio Caro, Lucio Acio, Cecilio Estacio y Décimo Laberio. La mayor parte de ellos autores de obras escénicas.

[3] Quinto Novio y Lucio Pomponio, ambos del s. I a. C.

[4] Gayo Quincio Ata, autor de togatas; en cuanto a Lucio Cornelio Sisena, historiador de época algo anterior a Cicerón, mencionado por Frontón más bien por sus traducciones de las *Milesias* de Aristides. Gayo Lucilio era reconocido por sus *Saturae*.

[5] Marco Tulio Cicerón.

de ser cabeza y origen de la elocuencia romana. Yo considero que se ha expresado en todo momento con términos bellísimos y ha sido el más extraordinario de todos los oradores a la hora de saber embellecer lo que quería poner de relieve. Pero me parece que se queda muy lejos en lo que se refiere a la selección demasiado escrupulosa de las palabras, ya sea debido a su grandeza de espíritu, o por huir del esfuerzo, o bien, por una confianza excesiva en sí mismo de que le vendrán rápidamente vocablos que ni siquiera busca, cuando los demás, a pesar de intentarlo, no lo consiguen. Pues bien, me parece haber comprendido (teniendo en cuenta que he leído y releído con atención suma todos sus escritos), que Cicerón ha empleado con enorme abundancia y fluidez todo tipo de palabras, tanto términos propios como figurados, los simples y los compuestos y, los que destacan por doquier en sus obras, los términos distinguidos, en muchas ocasiones llenos de encanto. No obstante, a pesar de eso, en todos sus discursos se encuentran poquísimas palabras inesperadas y fuera de uso, que no se descubren sino por empeño, a base de una cuidadosa búsqueda y recordando bien los antiguos poemas. En efecto, llamo término «inesperado» y «fuera de uso» *(insperatum autem atque inopinatum verbum)* el que se ofrece fuera de lo que los oyentes o lectores esperan y suponen, de tal forma que si se suprime y se obliga a quien está leyendo a que él mismo busque tal vocablo, no sería capaz de encontrar ninguna otra palabra, o ninguna que se ajuste al significado exacto.

Por esta razón, yo te alabo encarecidamente, porque prestas una escrupulosa atención a este aspecto, de sacar a la luz una palabra desde lo más profundo de ti y la acomodas a lo que quieres significar. Pero, como dije al principio, hay en esta cuestión un gran peligro, el no disponer-